

CARTA A JUAN GARCÍA PONCE

Juan José Gurrola

Querido Juan:

Como quien dice: "el escorpión golpea otra vez" con esta expo-homenaje para orgullo de tu sagaz inteligencia. Otra medalla en tu larga carrera de triunfos en la que demostraste una fuerza sobrehumana, una pasión bestial por la literatura, una lealtad inequívoca para con tus amigos y una relación constante con la pintura, tus pinturas y las postales en tu cuarto. Fue muy significativo ver los cambios que hiciste en tu última temporada con nosotros. Te trajiste de tu estudio las fotos de Proust en su lecho de muerte, a James Joyce sentado en una piedra y Musil con sombrero. En el escritorio, frente a tu cama, con los gatos encima, te quedaste atravesando con la mirada a *La toilet*, de Balthus. Luego sigue *El baño de Diana*, de Cranach. Después un pequeño cuadrito de un amuleto con un ojo. Lugo viene *Santa Teresa*, de Bernini. Enfrente más abajo está la *Crucifixión*, de Grünewald. Después estaba también, que no sale en la foto que tomé, un *Pintor y su modelo*, de Picasso. Y en el muro las fotos de tus hijos y demás.

Antes estuvo *Adán y Eva*, del mismo Cranach y la *Venus*, de Boticelli que recuerdo que Rosa (mi mujer, la muy detallista) le vio seis dedos en un pie y la quitaste. Cierto o no, tuviste siempre muchos desnudos clásicos que atravesabas, como Klossowski, las pinturas de Tonerre. Él mismo escribe en *La Revocación...*: "la emoción que buscaba era la de la vida dándose en espectáculo a sí misma, la vida permaneciendo en suspenso, afirmando una realidad que se derrumba. A través de todas sus diversas interpretaciones, como afirmación de la vida o como puente hacia la muerte, elijo el desnudo en la pintura porque nos regresa una vez más al sentido verdaderamente profundo del arte: la imagen del hombre en su búsqueda de sí mismo y del mundo, el mágico encuentro entre el yo y la apariencia, el carácter y el destino, para llegar al misterio de la realidad". Igual tú.

Bueno, tú escribiste tanto y más sobre pintura que se te llenó la casa de regalos de pintores que admiraban tu fina mirada en las artes plásticas. Prueba de ello son tus libros sobre Claussel, Michel, Tamayo, el majestuoso Soriano y tantos otros y tus ensayos en los años sesenta sobre:

- 1.- Georges Braque, *La azucarera*
- 2.- Pablo Picasso, *Noche de pesca en Antibes*
- 3.- Paul Klee, *Cerámica mística*
- 4.- Paul Klee, *Naturaleza muerta*
- 5.- Wassily Kandinsky, *Composición*
- 6.- Gustav Klimt, *Judith-Salomé*
- 7.- Lucas Cranach, *Venus y Eros*
- 8.- Wilhem de Kooning, *Mujer*
- 9.- Casimiro Castro, *Las cadenas en una noche de luna*
- 10.- Rufino Tamayo, *El hombre*
- 11.- Manuel Felguérez, *La cintura de la Andreida*
- 12.- Vicente Rojo, *Señal con marco*
- 13.- Fernando García Ponce, *Imagen superpuesta*
- 14.- Roger von Gunten, *Río tropical*
- 15.- Alan Glas, *No. 2*
- 16.- Juan Soriano, *Retrato de Lupe Marín y tres cerámicas* (recuerdo la exposición en la Zona Rosa)

Lo anterior lo copié de "La aparición de lo invisible" como te habrás dado cuenta.

Era un lujo pasar tardes y noches con Juan Vicente tomando los incomparables martinis de Eugenia y mirando los cuadros que nunca cambiaron de lugar. Recuerdo uno con una mariposa negra y los gatos de Von Gunten, el de Vicente Rojo (una especie de bandera), y Felguérez. Lilia Carrillo reluce como un faro de luz. Los libros en perfecto orden. Los tuyos en primer lugar haciendo una larga fila con la que ponías verde de envidia a Pepito de la Colina. Todos dicen que eras un maniático del orden. Yo pienso que usabas esa disposición espacial como trampa para hacer caer, con una paciencia admirable, a la que fuera. Nunca te pudiste distraer de la competencia, ya fuera intelectual o romántica. Y tu memoria sobre cualquier tema era fascinante. Los cuadros mostrados aquí en las salas de Bellas Artes estaban en lo que en ese entonces era la casa de Michèle. Recuerdo haberlos visto alguna vez sin mucho entusiasmo; quizá porque estaban mal colgados, o les daba mal la luz. Ahora se ven mucho mejor.

Debo confesarte que yo nunca te vi enfermo. Por eso menos ahora pensar o verte muerto. Y reflexionando, no es nada de lo que me pueda sentir orgulloso. Es la naturaleza egoísta que siempre he llevado. "Nomás piensas en ti, en ti. No te importa nadie más", decía mi madre. El único consuelo es que, pienso, así han de haber sido Nietzsche y Woody Allen u Orson Wells, *for all I know*. Y sus madres también. No hay escape.

Otra prueba de tu fidelidad a la pintura fue que tomaste parte en el equipo de "Pincel y Fibra" compuesto de pintores (incluyéndome a mí) en el encuentro contra "La Canalla", compuesto por asiduos al Perro Andaluz o los *hijos de la alpargata*, como les llamábamos. Recuerdo que tú eras el capitán del equipo (siempre fuiste el capitán del grupo desde Peyton Place a Alberto Zamora) y no dejaste entrar a Arnold Belkin por *mal pintor* teniendo que llamarlo a jugar a los diez minutos porque ya ibas dando el bofe corriendo. Fernando nos apantalló como portero y les ganamos gracias a las amistades de Manuel Felguérez que eran jugadores de segunda división y pintores de brocha gorda. Juan Carvajal, el gran poeta, escribió un genial artículo sobre el tema. En la Casa del Lago también capitaneabas las exposiciones. La de Tamayo, de Soriano y tantos otros. Melo organizaba la música y yo, Héctor Mendoza y J. L. Ibáñez el teatro. Quién iba a decir que Gastón García Cantú iba a correr de la unam al multi-premiado García Ponce, al veracruzano ilustre Juan Vicente Melo y a mí: Premio Nacional de las Artes. Aquí, *off the record*, supe que fuimos víctimas de las envidiosas intrigas de Albertito Dallal y Ruiz Saviñón que fueron con el chisme a Difusión Cultural acusándonos de un comportamiento impropio en la Casa del Lago que tantos buenos recuerdos nos trae. En realidad, comparado con hoy, éramos unos inocentes con inclinaciones éticas normales. Quién iba a decir que todas las mañanas tomo mi café en una taza con tu nombre y también mi librito de teléfonos especiales que compré en la librería que lleva tu nombre en Mérida. Gracias al Gobierno de Yucatán y a Carlos, tu hermano, seguramente.

La Casa del Lago y Poesía en Voz Alta fueron escuela para mí. Revisé la magnífica colección de la *Revista de Literatura* con entregas de Tomás Segovia, Elizondo, José Emilio y después la publicación de *Sábado* con Benítez y después con el nunca bien ponderado, gran amigo tuyo, excelente albañil: el incomparable y fiel Huberto Batis que no sé por qué no quiso venir a departir con nosotros en esta afectuosa muestra de amor de tus amigos. En un número de la heroica revista encontré el poema de Pavese del cual sólo leeré las primeras líneas:

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
Esta muerte que nos acompaña
Desde la mañana hasta la noche,
Insomne, sorda, como algún viejo
Remordimiento o algún vicio absurdo.
Tus ojos serán una palabra vana,
un grito ahogado, un silencio.
Así los ves tú cada mañana,
Cuando sobre ti sola te doblas
En el espejo. Oh cara esperanza,
Ese día sabremos también nosotros
Que eres vida y eres nada.

Hasta ahora nos acusan de rebeldes (claro, para no ver su realidad que de tener conciencia nuestros detractores se suicidarían); todavía soy un *enfant terrible* y voy a cumplir setenta. Es un logro y un orgullo habernos mantenido fuera del *stablishment* y la verdad es que trabajábamos mucho. *Tajimara*, *Los exaltados*, *Doce y una Trece*, *Catálogo razonado* (que trata sobre el pintor y su modelo), *La hermosa gente*, *Los poseídos*, etcétera, y la *Revista de la Universidad* y tantas otras actividades que compartimos.

Para no caer en la fascinación de contar al respetable las mil y una noches de anécdotas y travesuras que en nuestra larga vida pasamos: muchas de ellas inconfesables pero divertidas... como cuando te cacharon en el baño, un fin de año en la casa de tus padres -doña Monina y don Juan- fajando a no sé quién. O cuando el marido de la hija del gobernador de Puerto Rico casi te mata por salirte de la fiesta con su mujer, mismo que convenciste de regresar a la fiesta tan campante. O cuando te perseguía James Baldwin, famoso escritor afroamericano en el hotel Barranquitas mientras tomábamos Pink Gins en la barra con William Styron, Torre Nilson, Sábado, José Luis Cuevas, Rockefeller (David), Marta Traba, Lillian Hellman, Jaime García Terrés, etcétera. O dando una conferencia en el Waldorf Astoria diciendo que las pirámides mayas te parecían unos buenos Mondrian.

¡Ah! Y en Washington, persiguiendo a la hija del Representante de la Cámara en el Congreso, bueno, en su casa, no en el Capitolio; monumento donde hicimos de las nuestras contra Hubert Humphrey después de conocer a Jack en la Casa Blanca, a Roberto en el Departamento de Justicia (donde denunciábamos que no le daban visa a ciertos intelectuales como Carlos Fuentes y nos contestó: "En EU puede entrar todo el mundo con tal de que no vengan a asesinar a mi hermano." ¿Recuerdas? Al otro día lo balacearon en Dallas. Ya ni fuimos a la cena con Robert Kennedy. A mí no me dejan tener visa ni a mi hija por llamarse Gurrola porque practiqué golf frente a la embajada la madrugada que invadieron Panamá. (Que por cierto, Pancho Villa fue hijo ilegítimo de Luis Germán Gurrola, un rico hacendado cuyo padre fue un inmigrante de origen judío austríaco, y de Micaela Arámbula de Arango, sirvienta casada con un peón, de orígenes colombianos... Gurrola, con razón, ¿no?), ¡en fin! me despido leyendo un artículo* que te escribí en 1981 que nunca salió a la luz. Sólo la parte final que me gusta.

Publicada en *La Jornada Semanal*, núm. 548, 4/IX/2005.